

EL MENDIGO DE VALDECARROS

Organo del Asilo de pobres transeuntes.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS.-SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS

La palabra de Dios.

Parte tu pan con el que tiene hambre y da albergue a los pobres peregrinos, cubre al desnudo y no desprecies la carne con que has sido formado. Si esto haces, brillarás como la luz de la mañana y tu justicia irá delante de tu casa y te colmará de gloria el Señor. Entonces lo invocarás y te oirá; clamarás y te dirá: "Aquí estoy."

(Isaías. LVIII)



La reapertura del Asilo.

Visto el informe favorable de la Junta de Sanidad, y habiendo desaparecido la epidemia en Valdecarros y pueblos comarcanos, el día 8, fiesta de la Purísima, se abrió de nuevo este Asilo.

Por el luto reciente que lleva nuestro Reverendísimo Prelado y muchos bienhechores de Salamanca y Valdecarros, se prescindió de las invitaciones de costumbre.

El día 7, por la tarde, hubo abundantes confesiones. El día siguiente, a las ocho de la mañana, se celebró misa de comunión general para los mendigos y feligreses, y a las diez, misa solemne con exposición del Santísimo y sermón; después, se dió una comida extraordinaria para los pobres y se hizo el reparto de ropas.

Uníos, queridísimos cooperadores, a nuestras pobres oraciones y a las de esta muchedumbre de pobres de Jesucristo, y el Señor, rico en misericordia, os proporcionará propicia coyuntura para visitar el Asilo en las diversas fiestas que celebraremos durante el curso espiritual que vamos a comenzar de nuevo, ayudados con su divina gracia.



La Nochebuena del mendigo.

—...Quedamos en que tú vayas por los pueblos de la ribera abajo, y yo que estoy más pesado y achacoso por estos más cercanos que rodean al nuestro.

—¿Y dónde nos juntamos?—preguntó la viejecita a su marido.

—Ya sabes, Petra, que pasado mañana es Nochebuena, y debemos pasarla juntos. ¡Qué recuerdos! ¿verdad? Llevamos casados más de cuarenta y...!

—¡Vamos, vamos! Déjate de esas cosas y mira a ver cómo puedes enternecer los duros corazones de los ricos, para siquiera sacar algo con qué poder pasar estas Pascuas menos mal.

—¡Bueno!—contestó el tío Juan, limpiándose con la manga, una furtiva lágrima que, rápida, se hundía por los profundos senderos de sus mejillas arrugadas. El día 24, por la tarde, de vuelta aquí, en casa para pasar la noche; yo solo me moriría de pena. Y los dos cónyuges se separaron para implorar la caridad pública. Ella, más tiesa, con pobre y bien remendada indumentaria, lleva unos saquillos en qué recoger las limosnas. El, encorvado, pero aún ágil, con unas profundas alforjas, apoyado en su cayada, ¡salió de casa, mejor dicho, de la choza, camino opuesto al de su mujer...

Tío Juan iba reflexivo, grave, pensando en que iba a ser la primera Nochebuena en que se verían solos los dos ancianos. Los dos hijos que le quedaban se marcharon a América, hacía ya ocho o diez meses, y sin saber de ellos, ni acordarse de sus padres. Vendieron los últimos enseres; la casita, el huerto, para el pasaje, y quedaron en la miseria; los hijos..., ni carta siquiera le habían escrito.

Tía Petra, aunque aparentaba mayor serenidad y conformidad, aún sufría más; pero sabía sobreponerse a las circunstancias... ¡Ganas tenía de que no me viera Juan, para templarme a llorar! se decía a sí misma; y tan pronto como salió del pueblo, sacó un pañuelo para enjugarse las lágrimas. «¡Qué recuerdos!», decía Juan; ¡ya lo creo! Había pan en casa, lumbre en el hogar, hijos que nos querían y ayudaban. La muerte los fué llevando, y cuando ya íbamos viejos, nos quitaron la tierra, en renta, y los dos hijos que nos quedaban... ¡no quiero, ni acordarme! En fin. Dios lo ha querido así, hay que conformarse; más le pasó al pacientísimo Job, según le he oído al señor cura.

Embebidos, cada uno en sus pláticas y monólogos, llegaron a los pueblos, para pedir. Dos noches pasaron sin saber el uno del otro, ateridos de frío; tío Juan, durmiendo en un portal de la Iglesia, y tía Petra, recogida las dos noches en

una casa de otros pobres, abierta a toda ventisca e intemperie.

Estamos en la noche del 24 de Diciembre. Los dos viejecitos han llegado a su choza, y tía Petra ha preparado la cena.

Se disponen a celebrar Nochebuena.

Tío Juan pregunta si no tiene tía Petra unas perrillas en su faltriquera, para traer vino.

—Mira, Juan—le dice—dos reales que he podido sacar en metálico, los he gastado en hilo y un trozo de lienzo para remendarte la camisa. ¿Y tú, no has sacado algo de dinero?

—¿Yo? Mira las alforjas, mujer, que ni siquiera he podido llenar de mendrugos y patatas. ¡Cómo están los corazones, Petra! En más de doscientas casas que he pedido, unas «que Dios te ampare»; otras, «que perdone por Dios»; aquí, «que no está el ama»; allí, «que vuelva luego»; más allá, te dan una patata, alguien una perrilla (pocos), un pedazo de pan. Llamé en una casa grande y me dijeron que ya daban lo suyo en la Mendicidad de la ciudad. En otra casa me dijeron que me fuera a un asilo de pobres que ha fundado un cura. ¿Sabes tú algo de eso, Petra?

—¡Vaya si sé! Pero el remedio no basta para la enfermedad. ¿Cómo querrán esas personas que vayamos allí? Ese asilo es para los pobres errantes de aquellos pueblos, pero no para todos los de España. Y allí se da de comer y vestir, pero de pasada, no para vivir siempre allí. Ese asilo está en Valdecarros.

—¿Y qué tal cena tenemos para Nochebuena?

—Pues, nunca menos; unas sopitas, hechas con trozos de tocino que me han dado y con unos mendrugos de pan, un torresnito y... un cuartillo de vino que he pedido fiado.

Ese es el menú de algunos, muchos pobres mendigos...

¡Ricos y poderosos, acordaos de ellos esa noche!

ABEL PEREGRIN.



Compadécelos...

Compadécele a los pobres como si de ti mismo sintieras compasión.

Como si de harapos vistieras tu desnudez, y el sustento pordiosearas, y la vida y el alma tuvieras macilenta y sombría... ¿Te compadecerías?

Está escrito en el libro sagrado: «quien se compadece del pobre, da prestado al Señor».

Si eres hombre vano y te cautivan las frivolidades mundanas o la codicia, repara un instante en ti mismo. Y medita.

Tus vanidades, el boato, la sensualidad, ¿acaso perduran?

Como tus días breves, ociosos, pasarás, opulento o necio, desperdiciando esta coyuntura de

que use el Señor de su Misericordia y te asista de su Gracia, si contrito acudes a El, si cercenas tu magnificencia, y depones tu avaricia, y vivificas tu vida reflexionando en tu corazón.

¡Y en reflexionando... compadece al pobre! De Job toma ejemplo, y rae su podredumbre: la corporal y esta más hedionda del espíritu.

Porque al cuerpo adolecen enfermedades, miseria, abandono: ello se cura.

Pero la soledad del alma, la podredumbre del vicio, las amarguras de la injusticia, la tenebrosa angustia de la incredulidad, de la tibieza... tan sólo con virtudes cristianas sanan, y aún edifican,

Pierdes del mundo, pero ganas del cielo, coadyuvando a tu salvación.

«Quien se compadece del pobre, da prestado al Señor.»

Si eres hombre grave, y entre los circunspectos y los sapientes conseguiste fama de razonable y certero, piensa un momento en lo deleznable de tu prestigio, si en ti mismo lo afianzas. Medita. ¿Será perdurable la firmeza de tu cerebro, tu consistencia social? Créelo movedizo fundamento y efímera vanagloria; y en ello va tu ruina y la desconsideración de tus méritos.

Busca un sólido apoyo escarbando en tu alma, abate el orgullo... ¡y ha de alcanzarte la clemencia suprema!

Y en venciéndote, compadece al pobre, y ampara de tu sabiduría, de tu serenidad impregnada de cristianismo: «...y darás prestado al Señor».

Y si hombre humilde...

¡Ah! Si la modestia de tu condición y el fervor y la sencillez de tus sentimientos, te impiden socorrer al pobre espléndidamente, con tu óbolo y con tu palabra—pobres como él—compadécele.

Y tu compasión, tu limosna, será la más noble y acendrada, la más caritativa.

Acércate a él, y le procurarás compañía gratísima y un suave consejo de santidad. ¡Dios se sirve a menudo de los humildes, de los mansos bienaventurados!

Ellos, apenas dirán brillantes palabras. Y es que el espíritu les suele temblar en los labios, y los labios, avergonzados de su torpeza, de su caducidad, no aciertan ni a balbucir.

Pero ellos, sabrán arrancarse de la entraña de su corazón, sin recelo ni asomo concupiscente, la solicitud más tierna, el gesto insinuante de más exquisita dulcedumbre. Y con trémula adhesión íntima y placentera, transfundidos por gracia de su ingenuidad, abrazarán en su regazo, estrechamente, las miserias del pobre, purificándolas, y consolarán su vida con luz de fe, con ilusión de esperanza, con obras amorosas de caridad.

Y silenciosos, pero elocuentes, se habrán compadecido del pobre...

¡¡«...Y darán prestado al Señor»!!

G. DE A.



Soneto.

Dad para el pobre, dama o caballero,
 menudo según tu posición;
 Dios tan laudable y meritoria acción
 premiará, ten por cierto y verdadero.
 Mas si los hay que al pobre perdiosero
 reparten con amor y con unción
 alimentos al cuerpo, y en unión,
 encaminan al alma a buen sendero.
 Mas las limosnas que des directamente
 puede ser que fomenten algún vicio,
 ocasionando, pues, un gran perjuicio.
 Buscas reputación ante la gente?
 Recapacita un poco... ven... espera...
 ¿engañarás a Dios de esa manera?

JOSE FUENTES DIAZ.

Lorrodriago, 1918.



Pensando...

Hablemos de pobres, ahora que en EL MENDIGO tienen ya su órgano de prensa.

Los pobres de Valdecarros se agrupan en torno de otro pobre: el cura rural.

¿Qué sería de los pobres sin los curas?
 ¿Qué sería de los pobres, si los curas no fueran tan pobres?

Antes de la desamortización, el inmenso latrocinio de los bienes eclesiásticos, los pobres tenían su patrimonio.

Había comarcas donde apenas se veía un mendigo: todos los necesitados tenían su abrigo y su ración a las puertas del monasterio.

Repasad las fundaciones benéficas y veréis que la inmensa mayoría debieron su origen a eclesiásticos.

En la Catedral de Salamanca sólo queda ya un vago recuerdo de sus antiguas posesiones: son las dotes para *doncellas casaderas* y honradas; los bonos para repartir en Navidad a los pobres; la fundación para *picaruelos*, de Carvajal; las pensiones para ancianos y enfermos... ¡Todo para los pobres!...

En la legislación eclesiástica se consideran los pobres con derecho a participar de los bienes de sus beneficios, cuando sobra algo de lo que es necesario para la congrua sustentación de sus poseedores.

En ella se ordena dar a los pobres los frutos que no hacen suyos cuantos no cumplen alguna obligación...

¡Hoy los curas son muy pobres!...

Se aumentan los haberes de todo el mundo, en todas las clases hay mejoras y sólo en los sacerdotes crecen la escasez y los sinsabores y las obligaciones.

¡Y es triste pensar que también en esto pierden los pobres! Si se aumentaran los bienes de los curas, se aumentarían al punto los de los pobres.

¡Hoy he visto a un mendigo, pobre de bienes corporales y más aun de los del espíritu! ¡Yo le conocí como agitador y le oí llamarse socialista!...

Pasaron ante él los corifeos del socialismo y ni él les tendió la mano, ni ellos le enviaron una mirada de compasión...

Y pasó un pobre cura rural, que vino a hacer, sin duda, *concurso*.

—Hermano—le dijo—estoy arruinado con los gastos de mi venida a Salamanca; tome esta perra y cuente que ya no podré fumar en un par de meses. ¡En fin, alguno habrá que no lo pueda hacer en todo un año!...

NOGARA.



Por nuestros amigos difuntos.

Nuestro queridísimo Director ha querido celebrar solemnes funerales y aplicar el santo sacrificio de la Misa y ordenar a los mendigos hacer oración pública por los siguientes difuntos:

El 27 de Noviembre, por don Miguel Moro Mayordomo, secretario del Ayuntamiento de Cubo de don Sancho.

El 28, por doña Dolores Gutiérrez de Trujillo, madre de doña Juana Trujillo, Directora de la Normal. El 29, por la señorita Tomasa Ledesma Velasco. El 2 de Diciembre, por el muy ilustrísimo señor don Celestino, hermano del reverendísimo Prelado. El 3, por el difunto esposo de doña Remedios G. de la Huebra. El 4, por el difunto hermano de doña Natividad Calvo Montealegre. El 5, por el padre de los señores Berrueta, cuyo aniversario se cumple el día 8. El día 7, por el alma de la angelical joven, señorita Concepción Gómez López. El 9, por don Manuel Firmat, cuyo aniversario se cumple también el día 8.

Todas estas familias, son insignes bienhechoras del Asilo.

Rogamos a todos nuestros lectores nos avisen en casos análogos, para hacer lo propio por sus difuntos y recomendarlos a las continuas oraciones de los pobres de Jesucristo.

LA REDACCION.

Valdecarros, Diciembre de 1918.



El aguinaldo de los ángeles.

Inés era una de esas niñas que son el embeleso de sus padres y constituyen la felicidad de quien las trata.

Como planta rara o rosa de invierno se había criado sin los mimos que echan a perder a los niños y con todo el inexorable rigor de una cristiana educación modelo.

Tenía hasta once inviernos cumplidos y el aguinaldo que había pedido este año a sus padres había sido el que la dejarán pertenecer a la Orden

Tercera en calidad de cordígera. Su padre accedió gustoso entregándole un duro y diciéndole:

—Cuatro pesetas para ti y una para que la des de limosna a la Orden Tercera.

Inés era muy dichosa con su duro y anhelaba por momentos que llegase la Pascua para gastarlo. El día por ella elegido era la *Nochebuena*, noche que debiera llamarse de los niños; pues además se celebraba el nacimiento del mejor de todos, conserva siempre virginales encantos para ellos.

Cuando llegó la hora se fué con su madre al templo; a las puertas de éste se encontró con un niño de su edad, ciegucecito, que enseñando las carnes amoratadas por el frío, todo harapiento, tendía una de sus manos, diciendo:

—Un aguinaldito por Dios, por el Niño Jesús, que tengo mucha hambre y mucho frío.

Estas últimas palabras parecieron a Inés salidas de los mismos labios del Divino Niño que iba a nacer aquella misma noche, y sin vacilar un instante, cuidando sólo de no ser notada de su madre, puso el duro en plata en la mano del muchacho.

El padre de Inés, que había venido siguiendo la escena desde lejos, se acercó al ciegucecito y le dijo: toma mejor cinco pesetas sueltas y dame el duro. El chiquillo hizo el cambio sorprendido con aquel misterio para él inexplicable, creyendo firmemente que la limosna no era de Inés sino de su padre.

Llegó a la hora de imponer los cordones y aquí el grande apuro de Inés; no sabía que hacer, cuando tuvo una idea luminosa; vió allí a su padre, y dirigiéndose a él le dijo sigilosamente: dame una peseta, que aun no he cambiado; así no mentía y ocultaba la verdad.

—Toma—dijo aquel, y se incorporó Inés con carita de triunfo a recibir su cordón de manos del Padre que los estaba dando.

Terminóse la ceremonia, e Inés con sus padres fuéronse hacia la casa.

Todos reían y se alegraban, cuando la voz del amo se escuchó de pronto, diciendo:—No está la fiesta cumplida mientras Inés no gaste su aguinaldo: un duro tiene, que nos convide.—Sí, sí, que lo gaste—dijeron todos a una.—Zi no, no e doy yo mi tambó—añadió Paquín, su hermano el más pequeño.—Adolfo, ven—dijo Inés, llamando a su hermano el mayor para que le prestase; mas el padre, que conoció la intención, los desconcertó diciendo:—¡Secretitos en reunión!.. Un carmín subido bañó las mejillas de Inésita, si bien creyendo su inocencia buscar un recurso de excusa se declaró rea sin pretenderlo, diciendo:—Pero, papá, ¿no te acuerdas que te pedí una peseta en la iglesia?

—Sí—respondió el padre,—pero era porque no habías cambiado, según tú misma me dijiste. ¿Dónde tienes el duro?—dijo don Adolfo, aparentando gravedad y sintiendo el resquemor de las lágrimas al propio tiempo.

—El duro... el duro...—repuso Inés rompiendo

a llorar y diciendo:—El duro se lo dí de limosna a un ciegucecito que había en la puerta de la iglesia, él lo tiene...

—No, el duro está aquí, se lo cambié yo al niño—dijo el padre enseñándolo en alto, y añadiendo:—Ven acá, ángel de mi casa, no llores, vida mía, toma otros cinco duros para que los gastes en lo que tú quieras; pero este duro no lo gastaré yo nunca, nunca; lo guardaré siempre, porque es el aguinaldo de un ángel.

FR. FRANCICO DE SEVILLA.



Donativos para el Asilo de Valdecarros.

Un piadoso comerciante salmantino, 5 pesetas; don Elías Martín, tres celemines de lentejas; don José Fuentes Díaz, 2 pesetas; don Santiago Sexmilo, arcipreste, 3; don Timoteo Gómez, 25; la Unión Apostólica, de esta diócesis, 25; una persona caritativa, 25; don Nicasio Rodríguez, 5; una señorita de estudios superiores, 3; un caballero cristiano, varias prendas de vestir; señorita Catalina Rodríguez, 5 pesetas; don Marcial González, del comercio de Guijuelo, 50; don Manuel Moro Pando, 3; doña Adelaida y doña Luz Franqueira, 5; el niño Jesús Vicente Zapatero Martín, 5; doña Manuela Sanz, 5; señorita Rosario, sobrina de doña Manuela Sanz, 5; don Luis Huebra, 5; don Primo Garrido, 10; don Indalecio Pérez Toresano, 15; señorita Dolores de la Mata y López, 10; señorita Dolores Segovia de la Mata, 10; don Antonio Inglés, beneficiado, 1; don Honorato Pérez, 2; don Manuel Usallán, en sufragio del alma de su querida esposa, 10; un distinguido letrado de Vitigudino, 25; don Severiano Ledesma, 10; don Inocencio de Dios, 5; don Jesús Cañizal, 5; doña María de la Luz Franqueira, 5; doña Angela de la Serna Puente, 5; don Enrique Puente, 1; don Gabriel Bernalt, 5; una mujer piadosa, 0,50; doña María Teresa, viuda de Delgado, 5; doña María Gómez, 10; doña Gerarda, viuda de López, 10; doña Fidela, viuda de don Matías, 5; doña Pura y doña Flora Gil, 5; un caballero cristiano, 5; señora viuda de don Antolín, 1; una piadosa dama de Peñaranda, 8; don Eladio Silva, 3; don Miguel Rodríguez, 3; un caballero amante de los pobres, 5; una señora devota de la obra, 2; doña Inés, viuda de Gil, 1; doña Margarita, viuda de Marcos, 10; doña Fé, sobrina del eminentísimo Cardenal Almaraz, 5; doña Adela Bouzá, 2; don Anselmo Contreras, 15; don don Alfonso Sánchez Maestre, 20; doña Petra Portero, 5; don Venancio Redondo, 5; doña Polonia, viuda de Castillo, 10; don Manuel de la Peña Igea, 10; doña Petra, viuda de don Fabián Muñoz, 0,50; doña Paz Sánchez, 10; doña A. de G., 2,50; excelentísimo e ilustrísimo señor Marqués de Ivanrey, 100; don Antonio Cedrón, 5; una distinguida dama Peñarandina, 10; otra ídem ídem, 10; don Francisco G. Bautista, 5; un sacerdote de la Unión Apostólica, 5; don Fernando Sánchez de la Peña, 25; excelentísimo e ilustrísimo señor Almaraz, Cardenal de Sevilla, 100; muy ilustre señor doctor don Eugenio Almaraz, canónigo, 25; muy ilustre señor doctor don Aureliano Sevillano, 25; señorita Eufemia Sánchez, 5; don Julio Monzón González, 5; don Luis Zúñiga, 10; don Plácido García, 10;

